

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 21 Julio 1906.

Núm. 29.

Catequística.

(Continuación).

Aquí tenemos el anuncio del Angel de que el Hijo de Dios había de nacer de una Virgen; anuncio expresado casi en las mismas palabras que el del Profeta Isaías; por lo cual, no cabe duda que se refieren á un mismo hecho.

El Angel ha sido aquí enviado á una Virgen; y esta Virgen lo es por excelencia, pues, no conociendo varón, habría de concebir en su seno al Hijo del Altísimo; por cuyo medio había de morar Dios con nosotros, como Isaías lo había profetizado.

Aunque aquí el nombre es Jesús, y en Isaías era Manuel, el sujeto nombrado se ve que es el mismo; pues Manuel significa Dios con nosotros, y Jesús significa Salvador, cuyo Salvador es el Hijo del Altísimo, como lo asegura el Arcángel Gabriel, y cuyo Hijo del Altísimo es verdadero Dios, como lo es el Padre, y por lo tanto, estando con nosotros el Hijo del Altísimo, también lo está Dios. De modo que lo que Isaías anunciá de una Virgen futura, aquí lo anuncia el Arcángel á una Virgen presente: Virgen que ya sabemos cuál fué y qué nombre llevó; sabemos que fué la Virgen María, natural de Nazaret, en Galilea.

Y esta Virgen, desde el momento en que el Angel la aseguró que era obra de Dios y que nada había para Dios imposible, humildemente contestó al Angel dándole el consentimiento para que en Ella se realizara la voluntad de Dios. «He aquí, dijo, la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (1). Y desde aquel

(1) Luc. capt. 1.º, ver. 38.

instante concibió y tuvo en su seno al Hijo de Dios hecho hombre, hasta que la llegó el tiempo de dar á luz. Pues de esa misma Virgen es de la cual nos dice el mismo Evangelista:

«Subió José desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la Judea, á la ciudad de David, que se llama Belén: porque era de la casa y familia de David, para ser empadronado (como lo mandaba el Emperador Romano) con María, esposa con él desposada, la cual estaba en embarazo.

Y sucedió que, estando allí, la llegaron los días de dar á luz.

Y dió á luz á su Hijo primogénito y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre, porque en el mesón no tenían cabida».

Habla después el Evangelista, notario público de este suceso, de los pastores que estaban guardando en aquella noche su ganado cerca de Belén; habla de los Angeles que les avisaron y de sus cánticos; y habla de las señales que los Angeles dieron á los pastores, así como de los diálogos que éstos entre sí tuvieron al decidirse á ir á ver y á adorar al Niño. Con lo cual llega el Evangelista á la ceremonia de la Ley Antigua, llamada Circuncisión, que era algo parecido; por su fin y efectos, al santo Bautismo, y en cuyo acto se imponía el nombre á los circuncidandos, lo mismo que se les pone ahora á los que se van á bautizar, y dice de esta manera:

«Después que se pasaron ocho días para ser circuncidado el Niño, le pusieron por nombre Jesús, que es el nombre con que fué llamado por el Angel antes de ser concebido en el vientre» (1).

Sigue todavía hablando el Evangelista de la presentación de Jesús en el templo para dar cumplimiento á la ley de los primogénitos; y sigue hablando de la purificación de la Virgen, y de cómo, cumplidas todas las cosas que mandaba la Ley de Moisés, se volvieron á su ciudad de Nazaret, en Galilea.

No pueden pedirse en esta historia, que es así como la partida de nacimiento, la de circuncisión y la de la presentación en el templo; sólo que es más, mucho más que una simple partida de todo eso; no se puede, digo, pedir más esmero en consignar todos los datos útiles para conocer la maternidad de María y la filiación de Jesús.

Designáñse con su propio nombre la madre y su esposo: ella

(1) San Lucas, capt 2.º, vers. 4 al 21.

se llama María y él José; se consignan el lugar, el tiempo y las circunstancias con que María dió á luz á su Niño; tráense, como testigos, y, á la vez como custodios, á los Angeles; exprésase el nombre que se le puso al Niño en el día de la circuncisión, y de todo ello da fe un notario inspirado y por tanto infalible, San Lucas; y aun, para mayor robustez, quiso Dios que esta pública y solemne partida de casamiento de la Virgen y de nacimiento y circuncisión de su Hijo, fuese legalizada por otro notario inspirado, es, á saber, por San Mateo, que en pocas palabras nos certifica ser verdad lo que San Lucas nos refirió (1).

Tenemos, pues, que las profecías de Isaías y del Angel San Gabriel anunciaban el nacimiento del Hijo de Dios del seno de una Virgen, y Virgen por excelencia, que se llamaba María, y tenemos, según nos atestiguan los Evangelistas, que todo se cumplió como anunciaron los Profetas: Que María dió á luz en Belén al Hijo del Altísimo, y que se le puso por nombre Jesús. Y este Jesús es el Jesús auténtico, verdadero y legítimo, de quien nosotros venimos hablando: Es el Jesús que, por estar lleno de los dones y gracias del Espíritu Santo, se llama también Cristo, cuyos dos nombres reunidos forman el de Jesucristo, con que ahora comúnmente se le designa: El es Jesús, llamado también Jesús Nazareno por ser ciudadano de Nazaret, aunque había nacido en Belén; porque en Nazaret tenían establecido sus padres el domicilio, y en Nazaret vivió Jesús hasta la edad de treinta años, en la que dió comienzo á su vida pública.

Que ese Jesús es el Jesucristo auténtico y verdadero nos lo atestiguan los cuatro Evangelistas y los demás Apóstoles en sus escritos; pues todos ellos se refieren en sus escritos á Jesús Hijo de María, que se llama también Cristo; nos lo atestiguan también todas las profecías de la Ley antigua, de que ahora no hemos hablado, pero de las que hablaremos al probar que Jesucristo es el Mesías prometido por Dios y esperado por los judíos, y cuyas profecías han tenido todo su fiel y exacto cumplimiento, con todos sus pormenores, en Jesucristo, Hijo de María; y nos lo atestiguan, por fin, los mismos judíos en los insultos que á Jesús dirigieron.

Que los Evangelistas están acordes en atestiguar que ese

(1) San Mateo, capt. 1.^o vers. 18 al 21.

Jesús, nacido de la Virgen, es el verdadero Jesucristo, cosa es tan clara que sería ofender á nuestros lectores tratar de probarlo. Pues todo el que abra los Santos Evangelios comprende claramente que la historia de ese Niño se continúa, por una serie no interrumpida de actos que abarcan toda su vida, desde el hecho primero de su concepción y el de su nacimiento, hasta el de su crucifixión, su resurrección y su ascensión gloriosa á los cielos. Jesús fué el que vivió con sus padres en Nazaret y les estaba obediente; Jesús es quien se perdió en Jerusalén en la fiesta de la Pascua y fué hallado en el templo; Jesús el que apareció á los treinta años en medio del pueblo de Israel, y predicó una doctrina llena de santidad; Jesús el que hizo milagros tan estupendos que era el pasmo de todos los pueblos; Jesús es quien fué aclamado como Hijo de David; Jesús quien fué preso, atormentado, condenado á muerte, muerto en la cruz, resucitado y ascendido á los cielos; y Jesús, por fin, fué el que escogió á los doce Apóstoles, les dió su autoridad, instituyó los Santos Sacramentos y fundó la Iglesia Católica. Es, pues, aquel niño Jesús que nació de la Virgen, el mismo á quien el mundo cristiano llama y reconoce como al verdadero y único Jesucristo, Hijo de Dios por la divinidad é Hijo de María por la humanidad.

Esto mismo, como dije antes, lo confesaron, tal vez sin querer, los judíos de aquel entonces. No citaremos ahora más que dos solos hechos en que eso se confiesa, pero ambos por indudable modo solemnes. Es el primero el acto de la prisión de Jesús. Por dos veces respondieron los judíos y soldados, cuando Jesús les preguntó á quién buscaban: Buscamos á Jesús Nazareno. A lo cual respondió Jesucristo: Yo soy; y ya os he dicho que yo soy. El segundo hecho es el de Pilatos cuando ordenó que se pusiera escrita en la Cruz la causa de Jesucristo; y cuya inscripción decía así: Jesús Nazareno, Rey de los judíos. Y aunque éstos protestaron de la cualidad de Rey de los judíos, no lo hicieron respecto de la condición de Nazareno, porque era á todos cosa conocida que Jesús era de Nazaret; y hasta creían que era Hijo natural de San José, porque estaba casado con María, de la cual sabían que era Madre de Jesús. Por eso nos dice el Evangelio que el público creía que Jesús era Hijo de José (1), y que era Hijo de

(1) San Luc., capt. 3, ver. 23; y San Juan, capt. 6, ver. 42.

María, por lo cual cierto sujeto dijo en una ocasión á Jesús: Mira que tu Madre... está afuera esperándote (1).

De todo lo cual sacamos en clara consecuencia que no sólo los Apóstoles, sinó que también los judíos de aquel tiempo sabían con toda seguridad que Jesucristo era de Nazaret é Hijo de la Virgen María.

Cuando no hay partida de bautismo ó del Registro civil, ó no se declaran en ella los padres del bautizado ó registrado, no cabe otro medio para acreditar de quién es hijo, que la declaración y reconocimiento hecho por sus padres á favor de él, ó la declaración de algunos testigos, sea verbal, sea escrita. Pues todo esto existe en favor de Jesucristo como Hijo de la Virgen María.

No harían en realidad falta más documentos después de las partidas de nacimiento y de circuncisión, extendidas por los Evangelistas; puesto que éstas, además de ser infalibles, son tan detalladas que se enumeran los ascendientes de San José, á partir desde Abraham en San Mateo, y desde Adán en San Lucas, hasta llegar á San José, de quien se dice que fué esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama Cristo.

Pero, para mayor abundancia, tenemos que la Virgen reconoció pública y solemnemente á Jesús por Hijo suyo; y este reconocimiento fué aceptado por el sacerdote en el templo, en el día de la Presentación, según la Ley de Moisés lo mandaba respecto de los primogénitos. Así lo dice San Lucas. Y después que fueron cumplidos los días de la purificación (de María), según la Ley de Moisés, lo llevaron (á Jesucristo) á Jerusalén, para presentarlo al Señor. Como estaba escrito en la ley del Señor: Que todo varón que fuese primogénito (*masculinum adaperiens vulvam*), será llamado santo (consagrado) para el Señor (2).

De esta declaración de la Virgen nadie tuvo nada que protestar; antes bien, el profeta Simeón, cogiendo el Niño en sus brazos, se llenó de gozo é, inspirado por el Espíritu Santo, entonó un sublime cántico de acción de gracias por haber visto al Salvador del mundo; y, dirigiéndose á María, la dijo: He ahí que este (Niño) está puesto para ruina (de los malos) y para resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción. Y tu misma alma será traspasada por una espada (de dolor).

(1) San Mateo, capt. 3, ver. 47.

(2) Luc., 2, 22.

También la profetisa Ana confesaba al Señor y hablaba de él (de Jesús) á todos los que esperaban la redención de Israel (1).

(Continuará.)



Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica VII después de Pentecostés

Decía Jesús en aquel tiempo á sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros disfrazados con las exterioridades de ovejas; mas en su interior son lobos rapaces. Es esta la voz de alerta que en estos tiempos conviene dar á los soldados de Cristo, porque hay muchos profetas ó doctores falsos, los cuales, peores que lobos, arrastran las almas disfrazándose con el velo de doctrinas halagadoras, pero falsas, y arrojando á todos los vientos la semilla de la insubordinación y de la discordia.

Si consideramos bien las últimas palabras con que termina este santo Evangelio, nos convenceremos de que esos falsos profetas á que alude Jesucristo son el tipo más acabado de nuestros modernos corifeos. Nunca más que ahora fué necesario inculcar en las inteligencias aquella sublime verdad: *No todos los que me dicen Señor, Señor, entrarán en el Reino de los Cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial: este es el que entrará en el Reino de los Cielos.* Estamos en tiempos de libertad. Proclamar ahora, en que tanto se predica la autonomía de la razón, el principio de la sujeción de la voluntad á un Dios Creador, es una utopía. El hombre es libre, se clama á voz en grito por todas partes, y á la sombra de esta libertad se cometen los mayores crímenes é injusticias. Distingamos, pues, la verdad y falsedad de este principio.

El hombre es libre. Distingamos. El hombre es libre, es decir, que tiene facultad de elegir entre varias cosas y determinarse á ésta ó aquélla sin que ni interiormente esté inclinado necesariamente á elegir una cosa determinada, ni al exterior obligado por alguna violencia ó coacción, esto es una grandísima verdad. Aquí se funda esa nobilísima y perfectísima facultad del hombre,

(1) San Lucas, capt. 2, ver. 27 al 38.

llamada libertad, la cual, para distinguirla de la otra libertad de la que luego hablaremos, llámase *libertad física*.

Si otra cosa no intentaran al decir que el hombre es libre, sino proclamar esta verdad, nada tendría de tachable este principio. Pues ciertamente todos experimentamos que, puestos á elegir entre el bien y el mal, entre una religión falsa y una religión verdadera, es perfecta elección la nuestra; el camino se nos franquea por ambas partes; no hay fuerza ni violencia alguna que nos obligue á inclinarnos hacia una parte, de tal manera que no pudiéramos inclinarnos á la contraria. No es nuestra voluntad el brazo armado de cuchillo que violentamente es forzado por una mano contraria á clavarle en el pecho de un amigo, no; somos libres, y la libertad en el sentido de que aquí hablamos no admite ligaduras.

¿Pero no tendrá nuestra voluntad ligadura alguna extrínseca, sino *física*, al menos *moral*? ¿Podremos proclamar en toda su extensión este principio, el hombre es libre? O lo que es lo mismo: ¿el hombre es independiente? Aquí tenemos ya la gran cuestión que hemos de discutir. Para los corifeos de la impiedad ambas palabras, libertad é independencia, son sinónimas. Para nosotros no. Esa ligadura moral de nuestra libertad existe realmente, y es la ley, á ella está naturalmente sujeta como una esclava. Será *físicamente* libre para elegir entre el bien y el mal; pero *moralmente* está obligada á escoger lo bueno; luego si moralmente está obligada, no es *moralmente libre* nuestra voluntad.

Con estos principios no es difícil entender esos errores que hoy propaga la impiedad con el nombre de liberalismo. Su gran principio es la libertad moral, es decir, la exención ó independencia de la ley. No faltan algunos que en ella comprenden la ley natural y divina, sobre todo en materia de religión, proclamando esa libertad de cultos que no es otra cosa sino el indiferentismo relativo ó tolerancia dogmática. Los más afirman tan sólo la exención de la ley humana, tanto eclesiástica como civil, en lo cual consiste propiamente el error del *liberalismo*.

Probado, pues, el principio arriba sentado de que el hombre no es moralmente libre, cae minado por su base el liberalismo, cuyo edificio está sentado sobre el gran principio de la *moral independiente*.

No disponemos de espacio suficiente para entrar de lleno en

esta materia; baste notar que el medio que sirve de refutación á dicha *moral independiente*, es el concepto de la doble dependencia del hombre respecto de Dios; del hombre, no sólo como particular, como *persona privada*, sino también como miembro de la sociedad; pues la sociedad entera no está menos obligada que los particulares á dar á Dios gracias por los beneficios de su Autor recibidos.

Sin estos principios sanos que dicta la razón natural, nos bastaría, para juzgar á estos falsos profetas y doctores del liberalismo, la regla que con tan buen criterio nos da el Salvador para conocerles. *A fructibus eorum cognoscetis eos: Por sus frutos los conoceréis.* ¿Y cuáles son esos frutos?

Uno y muy principal, salido de las entrañas del liberalismo, es el *socialismo*. El liberalismo lo ha criado á sus pechos: es su madre cariñosa. El hijo ha acogido con indecible gozo los principios de la madre. Dice el liberalismo: «El Estado es ateo», y el socialismo prosigue: «Luego tú, dominador de las sociedades, recibes del pueblo tu autoridad como de primer principio; luego de él dependes en absoluto. Y ¿quién es el pueblo sino yo? ¿Por qué vienes, pues, á darnos leyes que nos sepultan en la miseria? ¡Liberalismo, eres la mentira viviente, pues usurpas un derecho que el pueblo no te ha dado! ¡Liberalismo, eres la hipocresía personificada, pues confiesas mandar porque el pueblo te da la fuerza, y conviertes la fuerza contra el pueblo!» Lógica inflexible. Imaginaos qué dirá la madre al oír hablar así á su hijo. Alguna vez puede ser que le castigue; pero lo castiga como las madres, con temor de castigarle, y acariciándole luego para que no lllore más. *No puede un árbol bueno dar malos frutos.* Muy malo, por consiguiente, ha de ser el árbol que tan mal fruto produce.

Y en verdad, ¿qué fruto podemos esperar de este árbol? ¿*Có-gense, por ventura, racimos de los espinos, ni tampoco higos de los cardos?* Si todos conocemos ya la raíz de este árbol, es inútil que esperemos buenos frutos. Las raíces, ¿cuáles? Nos lo dice León XIII en su admirable Encíclica *Immortale Dei*; el protestantismo y el racionalismo: el primero proclamando el principio de la investigación libre en materia de religión; el segundo con el supremo entre todos sus principios de que todos los hombres, así como son semejantes en especie y naturaleza, así lo son en los actos de la vida, que cada cual es dueño de sí mismo, de tal

manera que por ningún concepto debe estar sometido á la autoridad de otro. Por los frutos y las raíces juzgamos del árbol.



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Creer, esperar y amar, tales son los tres actos fundamentales de la cooperación que el nuevo Adán exige de nosotros para unirnos á sí. De ellos se deriva y depende efectivamente nuestra santificación sobre la tierra y nuestra glorificación en el cielo. «La fe, como dice San Agustín (1), empieza nuestra unión con Dios, la esperanza la continúa y la caridad la acaba». La fe no sólo perfecciona y ennoblece la inteligencia del hombre, sino que anticipándose á lo presente, esta mensajera de la eternidad trae al peregrino del tiempo la sustancia de las cosas futuras; le descubre nuevos cielos y una nueva tierra; le hace ver en Dios, no sólo el autor de la naturaleza, sino también su Padre, su Redentor y su fin; le revela su origen y su destino, le traza el camino que ha de seguir, mientras dura su peregrinación sobre la tierra, y con su fuerza poderosa le sostiene hasta el término de su viaje. Elevada por ella á su nuevo ser, la inteligencia ya no puede desear más que la clara visión de las verdades que ha adquirido.

Sin embargo, la fe por sí sola no basta para perfeccionar nuestra unión con el nuevo Adán; para esto es necesario el concurso de la esperanza. En efecto, el hombre no sólo tiene inteligencia, sino también voluntad; de consiguiente, esas realidades futuras, esos bienes del mundo sobrenatural, so pena de ser, mejor que un beneficio, un horroroso tormento, no pueden ser objeto de una contemplación ociosa, como no puede serlo el tesoro que se ofrece á la codicia del avaro, ni la comida que se pone á la vista del hambriento. Es necesario, pues, que sean accesibles á la voluntad, y ésto lo consigue el hombre por medio de la esperanza.

Elevando la voluntad sobre los bienes perecederos de la vida, la esperanza pone á Dios los nuevos cielos, la nueva tierra de la eternidad, los medios de alcanzarlos; en una palabra, la sustan-

(1) Sermón XXXVII, t. I.

cia de todos los bienes futuros al frente de todas sus aspiraciones, de todas sus empresas, de todos sus movimientos. Es una reina llena de inmortalidad que ennoblece todos los deseos del hombre, le sostiene en sus continuos combates, consuela sus dolores é inflama su alma: es el carro de fuego de Elías que nos trasporta á las más altas regiones y nos mantiene suspendidos entre la tierra y el cielo, entre el tiempo y la eternidad.

Mas unido el hombre á Dios por la fe que diviniza su inteligencia, y por la esperanza que diviniza en cierto modo su voluntad, según expresión de los Padres, ¿tiene algo más que desear ó hacer para alcanzar su íntima unión con el nuevo Adán? Sin duda alguna. Todos esos bienes sobrenaturales que la fe le muestra en lontananza y la esperanza le promete, son otros tantos objetos, á los cuales, con una fuerza invencible, tiende á unirse de un modo completo y permanente, con los que tiende á identificarse, á fin de hacerse rico con todas sus riquezas, dichoso con todas sus felicidades y perfecto con todas sus perfecciones, para nunca más separarse de ellos.

Al hombre no le basta creer, no le basta esperar, no le basta poseer imperfecta y momentáneamente: quiere gozar, pero gozar completa y eternamente, porque el goce es la unión, la unión es el amor, el amor es la más noble, la más imperiosa, la primera y la última necesidad del hombre, el primero y el último precepto del nuevo Adán, el fin de la Ley y de los Profetas, el término de la fe y de la esperanza, el supremo vínculo de la perfección en la tierra, y la esencia de la felicidad en el cielo. De aquí tomó ocasión San Bernardo para escribir estas bellas palabras: «Con razón el Apóstol define la fe, diciendo que es la sustancia de las cosas que se esperan, porque es tan imposible esperar lo que se cree, como pintar sobre el vacío. Dice, pues, la fe: Dios ha preparado grandes é inefables bienes para sus fieles. Dice la esperanza: Estos bienes me están reservados. Dice la caridad: Corro á buscarlos» (1).

Vemos, pues, que la fe y la esperanza no son más que unos medios para llegar á la caridad, y por lo tanto el cristiano no puede ni debe atenerse á estas dos solas virtudes: debe aspirar á una unión más perfecta. Pues estas tres virtudes están enlazadas de una manera tan sobrenaturalmente sabia, que el mucho creer

(1) Serm. I. in Psalm. XC.

conduce al mucho esperar, y el mucho esperar guía por precisión al mucho amar. La fe conduce á la esperanza, y la esperanza á la caridad: por la fe, nuestro espíritu adquiere un rico patrimonio de verdades que lo ilustran, lo ennoblecen, consuelan y divinizan en cierto modo; por la esperanza, nuestra voluntad, llevada más allá de los bienes naturales y caducos que ella mira con noble desden, corre tras la posesión de los bienes que la fe columbra, esto es, de los bienes sobrenaturales, que consisten en Dios mismo, junto con la felicidad, la gloria y la suma de dichas para el cuerpo y para el alma, cuyo origen es Dios, y que están prometidas á sus escogidos; finalmente, la caridad ennoblece nuestro corazón, haciéndole rebosar de amor á Dios y á los bienes que la fe le revela y que la esperanza aguarda, y por medio de estas tres virtudes que mutuamente se enlazan y atraen, realizase nuestra unión con Nuestro Señor, empezando en la tierra la vida divina que se consumará en la eternidad.

(Continuará).

CUENTO

El juego.

«Hijo: que nunca se retire de tu puerta sin limosna el pobre».

Tales fueron las palabras que Ricardo recibió de los labios de su padre, moribundo; y desde entonces, cuando el hambriento de pan ó el desnudo de ropa llegaban á él, parecía que la sombra de su padre se le presentaba intercediendo por los indigentes.

Su esposa era una santa, que cifraba toda su dicha en bien educar á sus hijos y amar con toda su alma á su querido esposo, el cual era un modesto empleado de doce mil reales, cuya honra inmaculada era conocida de sus jefes todos; pero la pasión del juego fué poco á poco apoderándose de su corazón, y sin faltar á su oficina, sin aparecer menos digno en todos sus actos, bien pronto comprendió su dulce esposa que no eran los de siempre los caminos de Ricardo.

Trasnochaba más que de costumbre. Al regresar no la besaba en la frente ni preguntaba si los niños dormían, y lo que era casi tan lamentable y no menos funesto: la paga de empleado

era insuficiente á cubrir atenciones que antes con pródigo desahogo cuidaban.

La sagacidad amorosa de Elena tardó poco en comprender que su marido, efecto, sin duda, de las malas compañías, abandonaba una noche, al azar de una carta miserable, el áureo sudor de muchos días de trabajo.

¿Qué hacer? Todas las pasiones son ciegas: la del juego es sorda. Para el jugador no hay consejos; el sonido del oro y el rozar de los billetes de banco es tan armoniosa sirena, que atrofia el oído y sólo su cantar encanta.

Pero el amor todo lo vence, y la esposa amante inventó un ardíd para curar el hambre de sus hijos y el alma de su Ricardo, antes que su fama se perdiera en el fondo del deshonor.

—¡Cuán pensativo estás, Ricardo! ¿No te inspira ya confianza tu querida Elena?

—¿Por qué no?

—¡Eres tan reservado!

—¿Para qué he de comunicarte mis amarguras? Basta que yo las apure.

—No, eso jamás. Si quieres alguna vez ocúltame tus alegrías, nunca tus tristezas. Habla, pues.

—Necesito cien pesetas.

—¿Y eso es todo lo que falta á tu felicidad? No penes. Cuando estoy esperándote hasta las altas horas de la noche, me entretengo, para vencer el sueño, en coser ropa de la calle, y gracias á mis desvelos he logrado hacer algunos ahorros. ¿En qué mejor los emplearé que en dar una gota de alegría á mi marido?

Salió Elena y volvió al poco rato con la suma dicha. Ricardo la miró no sé si con angustia ó con lástima: angustia porque adivinaba su sacrificio, ó lástima suponiéndola ignorante.

Ricardo marchó á la casa de juego, y Elena á llorar ante un crucifijo, no sin, antes de comenzar su oración, llamar á su hijo el mayor, ángel de doce años, vestirlo de andrajos, descalzarlo en los pies y decirle muchas cosas al oído, que al pronto sólo Dios supo, y después quisiera yo que lo adivinaran las esposas cristianas.

Enrique (era el nombre del niño) comenzó á caminar en medio de la lluvia, alumbrado, más que por el gas de las calles, por

el resplandor del relámpago, hasta esconderse en el hueco de una puerta.

A poco siente pasos á su alrededor. Es un hombre que sale de un lujoso café, y apresúrase, entre las pesadas gotas que chocan en su impermeable, calado hasta las cejas el ancho capuz, y...

—¡Una limosna por el amor de Dios! Un relámpago iluminó el rostro de Ricardo, severo, frío como estatua de bronce.

—Dios te ampare, hijo.

--¡Que tengo hambre, señorito!

Y Ricardo, andar, y tras de él, cada vez con más doliente voz, el niño.

Paróse aquél, por fin, y registró sus bolsillos. Ni una moneda de cinco céntimos.

—Que Dios te ampare.

—Don Ricardo, ¡una limosna á este pobre niño! ¡Por la memoria de su padre!

—¡¡Oh!!

No he podido nunca entender el sentido de esta exclamación; pero por la mejilla de aquel hombre se perdió una lágrima. Registró nuevamente y, no hallando nada, huyó; huyó presuroso como si quisiera huir de su sombra.

—¡Señorito!—siguió clamando el muchacho; por la memoria de...

—Calla, no tengo nada.

—¡No tengo nada, no tengo nada! Esa la voz sea que te acompañe á la tumba—gritó el niño en estudiada cólera.

—¡Miserable!—prorrumpió Ricardo, miserable de mí... y se hundió en el zaguán de su casa.

Su esposa lo esperaba con los brazos abiertos, que Ricardo recibió exclamando: ¡Maldito juego!

Todo lo comprendió Elena.

Su ardid había salvado á su esposo.

Liturgia.

(Continuación).

En la misa de Quincuagésima se propone la Iglesia enseñar-

nos que el hombre es justificado mediante la fe y buenas obras, á semejanza del mismo Abraham, padre de los creyentes.

La vocación de Abraham es el misterio que la Iglesia ha tenido á su vista en el oficio de Quincuagésima. Abraham, pues, que es el padre de los creyentes, ha debido su justificación á su fe y á sus obras, según dice el Apóstol Santiago. El ha creído en la palabra de Dios, y su fe no ha sido estéril, antes, por el contrario, muy activa, no dudando llegar por ella hasta ofrecer á su hijo Isaac en holocausto, tan pronto como Dios se lo pide. Esta fe activa es la que nos convida á imitar la Iglesia en la misa de este día. El *Introito* muéstranos al hombre débil y abandonado, poniendo toda su fe bajo la protección de Dios: *Esto mihi*: «Sé para mí un Dios protector y una casa de refugio, para que me hagas salvo: porque tú eres mi fortaleza, y mi refugio; y por causa de tu nombre me guiarás, y me sustentarás». En Roma la misa se celebraba en el Vaticano, en la Basílica de San Pedro, en atención á que Abraham, padre de los creyentes, había sido la figura de San Pedro, jefe de los Apóstoles. En la Epístola se lee el pasaje en que San Pablo ensalza la caridad, para darnos á entender que la fe no es nada sin las obras: Las palabras del Gradual son de fe: *Tu es Deus*: «Tú eres el Dios, que haces maravillas. Hiciste conocer en los pueblos tu valentía».

El Evangelio narra la curación del ciego de Jericó, que por su fe recobró la vista. En el ofertorio pide la Iglesia para sus hijos la luz de vida, que consiste sobre todo en el conocimiento de la ley de Dios. Y, por último, las palabras del Communion: *Manducaverunt*: «Comieron, y se hartaron por completo»; establecen un parangón entre el maná que alimentó á los descendientes de Abraham en el desierto, y el alimento eucarístico que hace inmortales á los que de él participan dignamente.

Al Domingo de Quincuagésima y al lunes y martes siguientes se les ha dado el nombre de días de carnestolendas, por la razón de que en ellos tiene lugar el carnaval.

Según Dercauge, la palabra carnaval trae su origen de *carn-aval*, porque en estos días cómese carne en abundancia para resarcirse de la abstinencia de Cuaresma, que sigue inmediatamente. Según otros, su etimología es *carni valedicere*: «despedirse de la carne». Por último, antiguos manuscritos dan á este Domingo el nombre de *Dominica de carne lavanda* ó *ad carnes lavandas*: siendo muchos los liturgistas que ven en estas palabras el origen de la de *carnaval*. Sin embargo, cualquiera que sea la etimología del nombre, lo cierto es que las diversiones que significa, deben su origen á las fiestas que los paganos celebraban en el mes de Febrero en honor del dios Pan. Estas fiestas eran conocidas con el nombre de *Lupercales*, de *Lupercus*, dios al que atribuían la virtud de preservar á las ovejas del furor de los lobos, alejando de los apriscos á estos feroces animales. Durante el

tiempo de estas fiestas, veíanse multitud de hombres y mujeres correr de una parte para otra, cubiertos de pieles de cabra, y con careta en su rostro con el fin de entregarse más libremente á toda clase de extravagancias y desórdenes. De aquí el origen de esas máscaras que se ven en el carnaval, y que son desgraciadamente entre nosotros causa de desórdenes y de que muchas almas se pierdan para siempre.

En reparación y expiación de estos desórdenes de carnaval, la Iglesia ha establecido las llamadas *Cuarenta Horas*, devoción conocida con este nombre en memoria de las cuarenta horas que permaneció en el sepulcro el cuerpo de Nuestro Señor.

La Iglesia, en todo tiempo, se ha ocupado preferentemente á reparar, por medio de oraciones públicas, los muchos desórdenes públicos á que en los días más señalados se entregaban los malos cristianos. En el siglo V ya tenía establecida una misa con letanías solemnes y ayunos, en expiación de los desórdenes á que daba lugar en las calendas de Enero la reproducción de las fiestas paganas. Las Cuarenta Horas se remontan al siglo XVI, siendo establecidas por el piadoso Cardenal Gabriel Paleotti, Arzobispo de Bolonia, contemporáneo de San Carlos Borromeo, quien las adoptó para Milán y su provincia. Igual saludable costumbre puso en práctica en las siete Basílicas de Roma el celoso San Felipe de Neri. Más tarde, en el siglo XVIII, el Cardenal Prospero Lambertini, que gobernó con tanta edificación la citada Iglesia de Bolonia, siguió con vivo interés las tradiciones de Paleotti, su predecesor, y fomentó entre sus fieles la devoción al Santísimo Sacramento, en los tres días de Carnaval; y elevado á la Cátedra de San Pedro con el nombre de Benedicto XIV, abrió el tesoro de indulgencias para los fieles que practicaron estos ejercicios de piedad, aunque restringiendo esta gracia á los Estados Pontificios (1.º de Enero de 1748). Pero esta indulgencia plenaria la extendió más tarde á toda la Iglesia el Papa Clemente XIII por su decreto de 28 de Julio de 1765, llegando, por consiguiente, á hacerse general esta devoción.

(Concluirá).

Noticias generales.

La revista católica *El Pilar*, de Zaragoza, en su número último da cuenta del siguiente favor dispensado por la Santísima Virgen á un pobre segador:

«El jueves de la semana pasada, en las primeras horas de la tarde, las personas que se hallaban en la santa capilla se vieron

sorprendidas por los gritos de alegría que un pobre segador, de rodillas y con los brazos en cruz, lanzaba ante la Virgen del Pilar.

»Interrogado por algunas personas, dijo que hacía tiempo que padecía de úlceras en el ojo izquierdo, con el que por esa razón no veía nada, y que apenas se había postrado en presencia de la Santa Imagen había recobrado repentinamente la vista».

*** El día 7 del corriente tuvo lugar en la iglesia parroquial de San Martín, de Valencia, el conmovedor y gratísimo acto de recibir las aguas del Bautismo uná joven de diez y nueve años, natural de Buñol, la cual fué preparada por las Religiosas de Jesús y María y por el profesor de Moral de dicho Colegio, don Joaquín Guimerá, el cual celebró después el Santo Sacrificio de la Misa y dió la primera Comunión á la nueva cristiana.

*** En Huelva se ha celebrado una reunión de capitalistas católicos para tratar de fundar un gran periódico en aquella población.

El periódico será de información inspirada en el espíritu católico.

Dadas las personas que figurarán al frente de esta hermosa y necesaria empresa, es de creer que el nuevo diario obtendrá un éxito completo.

Santorial.

Día 22, Domingo VII después de Pentecostés. Stos. Cirilo, ob. cf.; Teófilo y Platón, mrs.; Sta. María Magdalena, penit.

Día 23, lunes. Stos. Apolinar, ob. mr.; Liborio, ob. cf.; Bernardo, cisterciense; Stas. Rómula, Redempta y Erundina, vgs.

Día 24, martes. Stos. Francisco Solano, cf.; Apolinar, ob. mar.; Cristóbal, mr.; Stas. Cristina, vg. y mr.; Nicetas y Aquilina, mrs. *Ayuno.*

Día 25, miércoles. SANTIAGO EL

MAYOR, ap., patrón de España. Stos. Cucufate y Teodomiro, mrs., Santa Valentina, vg. y mr.

Día 26, jueves. Stos. Erasto, ob. mr.; Valente, ob. cf., y Stas. Ana, madre de Ntra. Señora, y Exuperia, mr.

Día 27, viernes. Stos. Pantaleón, mr.; Mauro, ob. mr.; Eterio, ob. cf.; Stas. Juliana y Semproniana, vgs.

Día 28, sábado. Stos. Víctor, pp. mr. Inocencio, pp. cf.; Nazario y Celso. mrs.; Sta. Catalina Tomás, vg.